

EL LABERINTO Y EL HILO

**Camus: riesgo,
poesía y libertad**

Por Sebastián SALAZAR BONDY

El cable ha insistido estos últimos días en la muerte. Ahora es el nombre de Albert Camus el que nos trae unido al duelo. Duelo mundial el que provoca la desaparición trágica, violenta e injusta —absurda, habría que decir, en el sentido profundo que él le dio a esa palabra, a ese concepto— del gran escritor francés, del gran defensor de la libertad y la dignidad del hombre, del gran humanista que no vendió su alma a ningún interés que no fuera el de la criatura pura y terrible que puebla la tierra, pues su pensamiento y su acción se proyectaron más allá de la circunscripción de su lengua y su nacionalidad. Fue Camus un combatiente: en la trinchera del "maquisard" y en las columnas de "Combat", en el ensayo esclarecedor y en la novela o el drama, tuvo un puesto de riesgo, cumplió una misión de peligro. Tal como en la lucha contra los invasores, las páginas que escribió para la prensa y para la historia se inspiraron en un compromiso que no conoció reposo. Esa misma premura en arribar a la verdad queda simbolizada, mediante una imagen viva y desgarradora, en la velocidad de aquel coche deportivo que hace unos días selló para siempre sus labios, que maniató el verbo desasosegado y valiente del poeta.

Es con toda intención que el cronista pone aquí, para Camus, la calificación de poeta. En este lapso de la existencia de la humanidad, la poesía ha desbordado los versos e invade las viejas e incapaces instituciones genericas para encontrar un nuevo y más eficaz lugar de expresión en la prosa del análisis intelectual, en los capítulos del relato emanado de la vida, en los conflictos y paradigmas de la escena. Camus, desde "Bodas" hasta "El hombre rebelde", desde "El extranjero" hasta "La Caída", desde "Calígula" hasta "Los justos", hizo poesía de esa ley carnal, amalgama de existencia y sueño invencible, que el hombre de este tiempo asume y entiende. El mismo silencio que alguna vez rodeó su opinión, ¿no es acaso testimonio de la angustia de la que se nutrió hasta el último día su pensamiento? ¿Y no es ese silencio— que algunos le reprocharon— la prueba de su desacuerdo? ¿Y no es el desacuerdo, al fin y al cabo —el desacuerdo con la violencia, con el abuso, con la crueldad, con el crimen—, la savia de su obra de poeta de una era sin poesía?

Ahora habrá que precisar cuán cabalmente Albert Camus registró en su estilo grave y ágil, bello y tramante, clásico y moderno, la posición del hombre libre de este siglo: rechazó el avasallamiento de las conciencias por las doctrinas totalitarias, pero puntualizó la bárbara injusticia del orden apoyado en la miseria de las masas, y estuvo así en la posición difícil y heroica de quien se enfrenta, al mismo tiempo, a los poderosos del dinero y a los poderosos del sectarismo. Su lección fue escuchada en todo el orbe, y fue escuchada por una juventud harta del fraude, harta del halago partidista, harta de las convenciones y las mentiras heredadas de un ayer falsamente feliz. Así, sus discípulos son legión. Se le podría haber dicho lo que Valéry a Mallarmé: "En muchos rincones del mundo hay jóvenes dispuestos a dar la vida por su obra".

El cable ha insistido una vez más en la muerte. Hemos de ver en ese accidente que siega antes de tiempo y casi en flor la vida de Albert Camus, la alegoría de esa urgencia que lleva al hombre del presente, del cual esta víctima es una exacta representación, a apurar hasta el fondo la experiencia. En ese extremo último, entre despojos, brilla la libertad, brilla la obra de Camus por la libertad.